

"un mes en la campaña"

"**C**ASI un Chejov», dijo la sorprendida crítica francesa cuando André Barsacq resucitó en París la obra de Iván Turgueniev. La sorpresa está justificada en razón a la calidad indudable del drama y a la personalidad literaria del autor, generalmente tenida en cuenta sólo como novelista.

El caso de Turgueniev «autor teatral» es curioso y muy representativo de las coacciones de la sociedad sobre el autor dramático. Si la censura zarista no hubiese prohibido «Un mes en la campaña» es probable que Turgueniev hubiese seguido escribiendo teatro y ocupando un puesto importante en su historia. «El teatro que Turgueniev pudo escribir y no escribió» queda así como una de esas reflexiones unanimes sobre las personalidades irrealizadas, sobre los caminos que se cluden para andar por uno de ellos.

Con la prohibición, Turgueniev tuvo la idea de que perdía el tiempo, de que había realizado un trabajo inútil. ¿Qué hacer con un teatro que no puede estrenarse? ¿A qué públicos extranjeros podían interesar aquellos problemas y aquellos personajes, encarados de un modo y en función de una dinámica social exclusivamente rusa? Turgueniev, siguiendo la línea de Gogol —«El inspector» sería la «regla de oro» de una serie de escritores—, creía que las cosas debían mostrarse tal como son, ordenadas con un «realismo poético» —que era distinto al naturalismo notarial y anecdótico—, sin caer en el conservadurismo retórico. Su «Un mes en la campaña», como las obras de Gogol o de Chejov, testimoniaban —sin demagogia, sin esquematismo, dentro de una visión general de la sociedad rusa— sobre el momento agónico de la aristocracia rusa, aferrada a sus propiedades, perdida en sentimentalismos personales, en esa maraña de nostalgias y pequeñas trivialidades, tan entermedoras como estériles. Turgueniev, como Chejov, es el espectador excepcional de una época y un mundo que se va quedando, poco a poco, en pieza de museo romántico.

Muchos compatriotas revolucionarios echaron en cara a Turgueniev el abandono de Rusia. El que prefiriese pasar largas temporadas en Occidente, conviviendo a veces con grandes personajes del exilio. Maurois lo explica diciendo que al escritor debía oprimirle la tensión polémica de su patria, y especialmente esa carga de «paneslavismo» que se respiraba en la obra de muchos de los mejores realistas rusos, quienes desarrollaban su lucha contra la tiranía zarista —se cuenta de un censor que prohibió hablar de «la majestad de la Naturaleza», porque ése era título que sólo convenía al zar— en medio de un fervor casi místico.

Turgueniev era un hombre sereno, liberal, prohibido por la censura zarista y combatido por muchos de los antizaristas. Su figura pareció quedar prendida en la literatura con un dengue de exquisitez, de «afrancesamiento». Ahora, la reposición de «Un mes en la campaña» —muy bien dirigida por José Luis Alonso; bien repartida; bien protagonizada por Conchita Montes, en uno de sus mejores esfuerzos profesionales— no hace sino probar hasta qué punto la historia juega malas pasadas a los escritores, hasta qué punto el hombre de teatro ha de renunciar a veces a su tarea, aun teniendo en sus manos el gran talento dramático que poseía Iván Turgueniev.

JOSE MONLEON



Haga revivir su piel con

CRÈME VIVANTE

A BASE DE CELULAS VIVAS ESTABILIZADAS



LANCASTER

LOS TRATAMIENTOS DE BELLEZA QUE DETIENEN LA MARCHA DEL TIEMPO.